

El *Quijote* y el *Guzmán*: dos políticas para la ficción

Mercedes Blanco
Universidad de Lille 3

Las coincidencias entre las obras maestras de Mateo Alemán y Miguel de Cervantes nos salen al paso ya en sus circunstancias y atributos más externos: intervalo de pocas semanas que media entre la publicación de la primera parte del *Quijote* y la de la segunda del *Guzmán*, división en dos partes y longitud similar, intercalación entre las dos partes de una segunda parte «apócrifa», títulos presididos por el nombre del héroe —*Primera parte de Guzmán de Alfarache*, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

En ambos casos, el título del libro recoge el nombre que el protagonista se da a sí mismo sin respaldo social. Son más que dudosos los títulos del héroe epónimo de Alemán para ostentar el nombre aparatosamente nobiliario «Guzmán», del que abusaban, si hemos de creer la literatura, buscones y prostitutas. Hijo y nieto de malas mujeres, Guzmán no tiene derecho patente a ningún apellido y ni siquiera a un nombre de pila, deficiencia que se explica por la incertidumbre sobre la identidad del padre y del padre de la madre¹. El topónimo «Alfarache», que hace las veces de *cognomen* tomado de la patria, alude a la heredad paradisíaca situada en San Juan de Alfarache, «lugar de mucha recreación» de los alrededores de Sevilla, en la que se presume tuvo lugar la concepción pecaminosa del héroe. Ignoramos cómo sonaba para los primeros lectores del libro. Lo cierto es que, para el lector que, entonces o ahora, recorre los primeros capítulos, «Alfarache» se convierte en la cifra de la burla y del adulterio a los que el héroe debe su existencia. En cuanto a «don Quijote de la Mancha», nombre caballeresco que se impone a sí mismo el hidalgo lugareño que posiblemente se llamara Alonso Quijano, consiste en un antropónimo burlesco (ampliamente estudiado por muchos, y

¹ Sobre este punto, ligado a la bastardía ostentada por el héroe, véanse los trabajos de Michel Cavillac, y especialmente Cavillac, 1988.

entre ellos Dominique Reyre y Augustin Redondo)², precedido por un «don» que señala un rango caballeresco usurpado. Lo mismo que el de «Guzmán», el nombre caballeresco del protagonista cervantino combina una marca equívoca y ridícula de nobleza y una referencia a la «patria» a quien el héroe desea honrar a la manera de los caballeros andantes, Amadís de Gaula y sus congéneres. Si Alfarache, para quien lee la novela, alude a la gozosa infamia de los orígenes, el topónimo «Mancha» es afectado feamente por su homonimia con el lexema *mancha* sobre el que pesa, como recalca Dominique Reyre, la máxima carga de descrédito. Teniendo en cuenta que *mancha* era el vocablo usual para referirse a las lacras heredadas o adquiridas que infamaban a una persona y a su linaje, es difícil que no suene a chacota la conexión entre «Mancha», «linaje» y «honrar» en la frase: «... así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha, con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria y la honraba con tomar el sobrenombre de ella»³. En resumidas cuentas, los títulos de ambos libros mencionan a protagonista cuyo nombre presenta señales indebidas de nobleza y despide sin embargo un tufillo de infamia.

La inscripción de ambos libros en el canon de las obras maestras de la literatura española y las investigaciones histórico-críticas que de ello se derivan han seguido caminos paralelos. Los estudiosos han puesto de realce su influencia a gran escala y a largo plazo en la tradición europea, con mediaciones similares en la novela del XVIII, influencia en la que se apoya la candidatura de ambos a la gloria de padres fundadores de la novela moderna.

Sobre los dos escritores se han dado parecidas controversias entre filólogos e historiadores, desde que algunos, siguiendo las huellas de Américo Castro, pretendieron explicar su singularidad y excelsitud como artistas y creadores por su común condición (no probada, pero plausible) de descendientes de conversos. Para ambas obras se han propuesto interpretaciones dispares y sus autores han sido situados en un espectro de opciones religiosas e ideológicas cuya amplitud se mueve desde lo más ortodoxo a lo más heterodoxo. Del lado de la heterodoxia, un agustinismo puritano afín al calvinismo o un pesimismo cínico en el caso de Alemán, un racionalismo con ribetes de incredulidad, cuando no simpatías por el judaísmo y el Islam, en el caso de Cervantes. En cuanto a la ortodoxia que, yendo en dirección diametralmente opuesta, algunos suponen a nuestros dos autores, residiría en ese famoso «catolicismo tridentino» que a veces se invoca un tanto apresuradamente, atribuyéndole por ejemplo doctrinas que son inherentes a la tradición cristiana desde sus comienzos o medidas autoritarias que no dependen tanto del Concilio mismo cuanto de la evolución del Estado moderno hacia un mayor control social.

En el terreno de la recepción inmediata y de la actitud de ambos escritores frente a su público, el parentesco y concomitancia entre ambas obras han sido puestos de relieve por Francisco Márquez Villanueva⁴, Francisco Rico⁵ y sobre todo José María Micó que en un artículo de 1994 titulado expresivamente «Prosas y prisas en 1604: el *Quijote*, el

² Reyre, 1980 y Redondo, 1997.

³ *Don Quijote*, I, 1, p. 43.

⁴ Márquez Villanueva, 1992.

⁵ Rico, 1999.

Guzmán y *La pícaro Justina*»⁶ refiere con gracejo y sólido apoyo documental las prisas de escritores y editores para adelantarse en la publicación de sus respectivos libros, el *Quijote*, *La pícaro Justina* y la segunda parte del *Guzmán*. Estos libros intentaban captar la atención de un público interesado en obras “poéticas” de nuevo cuño, a la vez entretenidas, sorprendentes e inteligentes. Y es que la fama y las ventas obtenidas por la primera parte del *Guzmán*, impresa cinco años antes, habían hecho palpable la amplitud y la avidez de ese público. Sabemos, desde el panorama que trazó en su día un estudio de Narciso Alonso Cortés⁷, que los españoles de entonces, especialmente en la corte vallisoletana del joven rey Felipe III, desarrollaron un apetito insaciable de pasatiempos, diversiones y “burlas”, fenómeno cuyas repercusiones estéticas ha analizado con precisión Anthony Close, en su estupendo libro reciente *Cervantes and the Comic Mind of his Age*⁸. De ahí la fuerte demanda de producciones literarias de tipo “cómic”, destinadas al teatro o a la lectura. Nuestras dos obras responden genialmente a esa demanda y cumplen con creces con las expectativas de ese público.

Estos pocos datos sólo pretenden recordar que el tema de nuestro coloquio ha sido abundante y no pocas veces brillantemente tratado. Nuestra apuesta al organizar este encuentro era que un tema tan importante es por definición inagotable y que era oportuno volverlo a examinar partiendo de la multitud de ideas y datos sobre Alemán y sobre Cervantes que han ido surgiendo en los últimos años.

Emprenderé este examen partiendo de consideraciones elementales y fuera de toda duda. Incluso si relegamos al terreno de lo anecdótico los detalles históricos que sugieren un parentesco entre el *Quijote* y el *Guzmán*, queda algo fundamental que invita a cotejar estas obras: ambas experimentan genialmente hacia los mismos años y desde el mismo ambiente posibilidades inexploradas de la ficción. Si admitimos lo que nadie niega, es decir, que los dos escritores ensayaban una fórmula narrativa inédita que destinaban a un público numeroso y de contornos inciertos, no tenemos más remedio que suponerles una ambición literaria poco común y plenamente asumida. Como toda empresa ambiciosa y sin claros antecedentes, la suya se arriesgaba al fracaso y la incompreensión y necesitaba ser legitimada por los valores morales e intelectuales que su sociedad reconocía.

Propondré una relectura rápida de los preliminares de las dos obras en cuanto expresan de modo comparable la conciencia que tienen ambos escritores de la novedad e importancia del libro que presentan al público. En segundo lugar, formularé una hipótesis sobre el procedimiento similar que adoptan para legitimar esa ambición: ¿qué quieren decir o hacer creer al invocar la utilidad de sus libros para el bien común y el adelantamiento de la “república”? Por último, expondré brevemente algunas razones por las cuales esta operación de legitimación retórica da cuenta sólo parcialmente del sentido y el alcance de sus respectivos textos. Como obras de ficción y de creación poética, ambas obras presentan una complejidad polifónica que desborda las tesis en favor de las cuales se declaran, con independencia de que sus declaraciones sean más o menos sinceras. Dedicaré mayor espacio al *Guzmán* porque, a diferencia del *Quijote*, la

⁶ Micó, 1994.

⁷ Alonso Cortés, 1906.

⁸ Close, 2000.

novela de Alemán es leída incluso por sus mejores intérpretes como una obra “de tesis”, en la que se daría una adherencia total entre las ideas que el autor desea propagar y las que se desprenden clara y rotundamente de la ficción. Lo que no deja de tener gracia en vista de que se han sostenido las opiniones más contradictorias sobre el “mensaje” que la novela supuestamente intenta comunicar.

LA EXPRESIÓN DE UNA AMBICIÓN LITERARIA

Los especialistas conceden y todo lector siente de inmediato que las personalidades de Cervantes y Alemán, como escritores y estilistas, no pueden ser más distintas. Sin embargo, compararlos resulta no sólo ineludible, como lo hemos recordado, sino también altamente instructivo. Se les puede y debe comparar en lo que atañe a sus técnicas literarias (qué hacen por ejemplo con los materiales de que disponen, cómo integran los lugares comunes, la paremiología, el folklore, la “burla” y otros esquemas narrativos preexistentes)⁹ como también en lo que toca a los fines que persiguen y a la estrategia que adoptan para lograrlos. Me situó en este segundo terreno al considerar la ambición que ambos expresan, y al preguntar cómo se las arreglan para legitimar esa ambición adscribiéndola a una empresa socialmente valiosa, a razones morales e intelectuales.

Lo que motiva el empeño de nuestros escritores no se limita desde luego a su interés personal por superar una posición oscura y menesterosa, por ganar dinero y fama. No creo que estemos cediendo a una ilusión retrospectiva al atribuirles la ambición propia de grandes artistas, la de producir algo verdaderamente significativo y que merece perennizarse. Los preliminares de ambos libros ponen de relieve aspiraciones de tipo intelectual y estético. Alemán señala la ambición que lo anima mediante el retrato grabado en que se muestra revestido de los atributos del noble, el traje cortesano, la golilla y el escudo con nada menos que el águila imperial, y al mismo tiempo de los atributos del sabio, en una modalidad muy de su tiempo, la del político prudente y desengañado. A este ideal de profundidad de visión y de amarga sabiduría práctica nos remiten tanto el libro de Tácito sostenido en la mano derecha como el emblema con su orla al que apunta la mano izquierda, la araña acechando a la serpiente con el lema: *Ab insidiis non est prudentia*. El ropaje del sabio tacitista¹⁰ en el que Alemán se envuelve anticipa los ideales de la elite nobiliaria española durante casi medio siglo, hasta la corte del Conde Duque de Olivares y la generación de Saavedra Fajardo¹¹.

⁹ Pese a la vasta bibliografía sobre el tema, son escasos los trabajos que han llevado a cabo comparaciones técnicas y estilísticas. Destacan entre ellos, por sus cualidades de sutileza y rigor filológico, los de Monique Joly. Véase Joly, 1971, 1986 y 1999.

¹⁰ Sobre el tacitismo de Alemán, que Edmond Cros (1967) fue uno de los primeros en analizar, puede leerse un estudio de José Barrio Olano, 1998.

¹¹ Como recuerda Agnès Delage en su reciente tesis, el amplio conocimiento de Tácito es hacia 1600 un fenómeno nuevo en España, como en el resto de Europa, porque su obra no se difundió más allá de los círculos muy doctos hasta las ediciones y comentarios de Justo Lipsio a finales del siglo xvi. A comienzos del xvii, aparecen traducciones en lengua vernácula y los discursos y glosas políticas sobre Tácito se convierten en un género de moda en Italia, y en España a partir de la segunda década del siglo (véanse Sanmartí Boncompte, 1951 y Antón Martínez, 1992). Al colocar toda su obra «bajo el auspicio de Tácito», según la expresión de Edmond Cros (1967, p. 161), Mateo Alemán, lejos de seguir con ello una tendencia establecida, desempeña un papel inaugural o precursor.

El elogio liminar del amigo de Mateo Alemán, Alonso de Barros, pretende demostrar que los lectores han contraído una inmensa deuda con el libro que tienen entre manos, un libro de cuya doctrina son “hijos” y a quien deben tanta gratitud como los hijos a la educación que les dispensan los padres.

Pero, más que nada, debe incluirse entre los síntomas de la ambición la expresión del temor y del coraje, porque señala la conciencia de estar incurriendo en un riesgo. Alemán, que, no contento con un prólogo, redacta tres textos prologales¹², declara salir a la palestra, exponerse a las fieras, ir al encuentro de unos lectores dejados a su plena libertad de apreciar y censurar. Esta confesión señala que por mucho que intente disimularlo, el libro no llega a los lectores arropado por el ascendente indiscutible de unas plumas famosas que lo apadrinan o de un autor respetado por su nombre, profesión, linaje o doctrina, como tampoco está protegido por su pertenencia a algún género de abolengo clásico¹³. Los lectores a cuyo peligroso encuentro sale se dividen para Alemán en dos categorías: el vulgo enemigo, a quien se ofrece como el mártir a sus verdugos —«las flores holladas de tus pies coronan las sienas y dan fragancia al olfato del virtuoso»¹⁴—; y el anónimo y minoritario lector discreto, a cuyo amparo apela y a quien ofrece una «mesa espléndida», en quien cada uno hallará manjar a su gusto, larga margen para moralizar y «vinos blandos y suaves», músicas que entretengan para «picardear».

Los preliminares de la primera parte del *Guzmán* —incluso descontando lo que deben a la tónica del exordio y a las costumbres de la edición de entonces— expresan pues una mezcla de orgullo y de inquietud a la altura del propósito elevado que anima a la obra. Orgullo e inquietud se traducen por el gesto de ir hacia el público desarmado pero en actitud digna y desafiante, sin apenas otra autoridad que la voz del libro mismo, una voz que pretende aunar los extremos contradictorios de proceder de un galeote, es decir, del más redomado de los pícaros, y de encerrar la doctrina de un hombre de «claro entendimiento, ayudado de letras y castigado del tiempo»¹⁵ que abre escuela de experiencia y sabiduría.

La ambición de la primera parte del *Quijote* se manifiesta en sus preliminares de una manera todavía más insólita. Incapaz de encontrar en los ambientes literarios de Valladolid plumas dispuestas a componer elogios liminares —si hemos de creer una famosa frase de Lope de Vega—¹⁶ y forzado a admitir que su «libro ha de carecer de

¹² Dato comentado por Michel Cavillac en un ensayo reciente, en que aboga por el abandono de la categoría “reduccionista” de “novela picaresca” para Alemán (Cavillac, 2004). Los tres prólogos («Al vulgo», «Al discreto lector», «Declaración para la inteligencia de este libro») atestiguan, según Cavillac, el temor de Alemán a ver su libro malentendido como obra de entretenimiento “picaresco”, etiqueta ya para entonces corriente, como ha mostrado John Rutherford (2001) para un tipo de escritura jocosa y despreocupada que maneja personajes ridícula e inequívocamente despreciables.

¹³ Son puntos en los que han insistido particularmente los bellos estudios de Francisco Márquez Villanueva, que construyen una imagen romántica de escritor perseguido a propósito de Alemán (Márquez Villanueva, 1983, 1992 y 1995).

¹⁴ *Guzmán*, I, «Al vulgo», p. 109.

¹⁵ *Guzmán*, I, «Declaración para el entendimiento de este libro», p. 113.

¹⁶ «... de poetas no digo, buen siglo es éste. Muchos están en cierne para el año que viene pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a don Quijote». Como analizó convincentemente Nicolás Marín (1994), y comenta José María Micó en el artículo antes citado (Micó, 1994), el que la frase aparezca en

sonetos al principio, a lo menos sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas y poetas celebérrimos»¹⁷, Cervantes recurre a la treta de colocar en su lugar composiciones burlescas atribuidas a personajes imaginarios. La maniobra insinúa que las firmas prestigiosas prodigadas en los preliminares de sus rivales, de Lope sobre todo, no merecen más crédito que las de Urganda la desconocida u Orlando furioso que aparecen en los suyos.

El ingenio prodigado en sutiles ironías e insinuaciones satíricas envuelve en un velo de ambigüedad las confidencias del prólogo. No por ello debemos creer fingido el temor que confiesa Cervantes a lo que dirá «el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestras, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina [...]»¹⁸. Temor indisolublemente unido al orgullo por ofrecer su libro con esta sequedad, pobreza, mengua y falta. Justamente, gracias a todo esto que le falta —termina proclamando el mismo prólogo—, el libro hace a sus lectores el inestimable servicio de aligerar su carga, les procura «el alivio de hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia de don Quijote» (p. 18). A fin de cuentas, todos estos aditamentos de la «invención», «estilo», «concetos», «erudición», «doctrina» se han reducido, en la realidad de los usos y costumbres del libro de entretenimiento, en la feria de las vanidades poéticas, a la chapuza y a la mixtificación, tanto en las piezas encomiásticas que sirven de pórtico a la obra, como en el aparato de acotaciones, anotaciones e índices que protegen sus márgenes y su retaguardia. En este aparato —tal como lo exhibe por excelencia Lope de Vega— se vierte una erudición de acarreo, una cultura de segunda mano tomada en poliantes y silvas cuando no en cartillas escolares. Basta encararse con franqueza con sonetos y aparato erudito —semejantes al retablo de las maravillas— para verlos como lo que son, espejismos y trucos de charlatán, destinados a deslumbrar a los incautos y a inhibir la libertad de juicio de los lectores.

Cervantes arriesga en suma la valiente jugada de confesar medio en serio medio en broma sus debilidades, su relativo aislamiento en el campo literario, su déficit de capital simbólico, para convertirlas en ventajas y aprovecharlas para el duradero descrédito de sus rivales. Pero su operación no es únicamente negativa, no se trata sólo de una “retorsión” o de una “agudeza por desempeño en el dicho”, como diría Baltasar Gracián¹⁹. Los valores repudiados de la erudición y la doctrina son sustituidos provechosamente por un valor único, el de la “imitación perfecta”²⁰, o, lo que es probablemente lo mismo, “la verdad de la historia”, «the truth of the history», como

una carta de agosto de 1604 no indica que Lope conociese una impresión anterior a la *princeps* de 1605 que conocemos o que el *Quijote* circulara manuscrito. Lo más verosímil es que Lope estuviese aludiendo a que Cervantes buscaba a poetas para redactar los versos liminares en elogio de su libro, a cuya ausencia se tuvo que resignar.

¹⁷ *Don Quijote*, I, «Prólogo», p. 12.

¹⁸ *Don Quijote*, I, «Prólogo», p. 11.

¹⁹ Véanse, en la *Agudeza y arte de ingenio*, los discursos correspondientes a la «agudeza por desempeño en el dicho» y a las «prontas retorsiones».

²⁰ «Solo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que, cuanto ella fuera más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere» (*Don Quijote*, I, «Prólogo», p. 17).

traduce Anthony Close²¹. El imperativo de “la verdad de la historia” traduce unos ideales clásicos no escolares sino libremente recreados, afines a los que bastante más tarde proclamará el llamado “clasicismo” francés: asunto proseguido con perseverancia y sin monotonía, propiedad y decoro, “sinceridad” y discreción, claridad y sutileza, comicidad sin remilgos, pero sin hiel satírica y sin bajeza escatológica. Cervantes se presenta como fundador de una ficción cómica susceptible de provocar el máximo deleite, deleite “honesto” sin embargo, en todos los lectores, hasta en los melancólicos de pecho mohíno, y con tanta mayor eficacia cuanto mayor sea su “discreción”. El prólogo, que leo guiándome por el citado libro de Anthony Close, nos dice pues que la ambición de Cervantes consiste en fundar una comedia de nuevo cuño, comedia en prosa, no poema dramático sino poema mixto que combina diegesis y mimesis, modo narrativo y modo dramático. Para decirlo de otro modo, la ambición del autor del *Quijote* consiste en el propósito de inventar una perfecta epopeya cómica.

Si la novedad del *Guzmán* y el ambicioso designio de su autor se manifestaban en la paradoja de una voz de pícaro que al mismo tiempo la de un “hombre perfecto”, la ambición de Cervantes se traduce por la paradoja de una ficción que se propone como ideal clásico sin inspirarse directamente en ningún modelo antiguo ni seguir ninguna preceptiva antigua²² (puesto que la vertiente cómica del poema mixto se queda sin preceptiva en Aristóteles como en Horacio) y sobre todo por la paradoja de una sabiduría identificada con la verdad de la historia, con el tejido vivo de la ficción, y no aislable como “doctrina”, “sermones”, “erudición”.

Este cariz paradójico es señal de que, por grandes que sean las diferencias entre los proyectos de ambos escritores, los une una esencial afinidad.

Me parece aquí esencial el acto, en ambos escritores, de salir solos, sin valedor o apenas, sin otra autoridad que la de su propia voz, al encuentro del imprevisible vulgo, «monstruo fiero»²³ como lo llama Alemán o «antiguo legislador» como lo llama Cervantes, un monstruo sin cara a quien espera amansar encandilándolo con la variedad enciclopédica de lo que el libro ofrece —la mesa espléndida de variados manjares, el maná para todos los gustos— pero sobre todo apelando a su libertad de juicio, al espacio sin cortapisas que se le da para ejercer su arbitrio con la medida de la discreción o con los excesos de la tiranía. Como lo expresa Cervantes:

[...] no quiero irme con la corriente del uso ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, que ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que «debajo de mi manto, al rey mato», todo lo cual te

²¹ Close, 2000; véanse capítulos 4 y 5.

²² Aunque se inspira ampliamente de preceptistas aristotélicos, de López Pinciano casi con seguridad, probablemente del Tasso, como han mostrado numerosos estudios. Baste citar los trabajos pioneros de Jean Canavaggio (1958) y Edward C. Riley ([1962] 1992).

²³ En su amarga invectiva, Alemán compara al vulgo con el basilisco, el ratón campestre, la mosca importuna, la zorra inútil y le atribuye dientes agudos, colmillos capaces de dar «navajazos», «tempestades adversas».

esenta y hace libre de todo respecto y obligación y, así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciera [...]»²⁴.

Y Alemán, dirigiéndose al mal lector, cuya libertad consiste en el ejercicio impune de la maldad: «Libertad tienes, desenfrenado eres, materia se te ofrece: corre, destroza, rompe, despedaza como mejor te parece [...]»²⁵; y al bueno, cuya libertad reside en lo incorruptible de su juicio: «No me será necesario con el discreto largos exordios ni prolijas arengas, pues ni le desvanece la elocuencia de palabras, ni lo tuerce la fuerza de la oración a más de lo justo, ni estriba su felicidad en que se le capte la benevolencia»²⁶.

Las tácticas retóricas son ciertamente distintas. Cervantes intenta una conciliación universal con el lector virtual para suscitar en cada lector real una respuesta amistosa; Alemán opone, entre sus lectores virtuales, a una multitud indistinta e irreconciliable, el vulgo, y a un grupo selecto compuesto de individuos especialmente cualificados con los que el lector real tenderá a identificarse. Pero estas dos tácticas derivan de un mismo principio: lo primero que hacen nuestros escritores con el público es reconocerle o devolverle su libertad de juzgar, aseverar que no vale para él la fuerza de intimidación del dogma o del carisma. En ese sentido, los dos escritores anticipan la *Aufklärung* entendida, en el sentido de Kant, como institución para todos los hombres de un deber de pensar y juzgar por sí mismos en el terreno especulativo e intelectual²⁷.

ESTRATEGIAS DE LEGITIMIDAD: DOS POLÍTICAS PARA LA FICCIÓN

Esta ambición de presentar algo que vale por sí mismo, que no se ampara en antecedentes ni en autoridades, esta novedad de una voz que reclama que la escuchemos sin proceder de una posición de poder, ambos autores necesitan justificarla por operaciones de legitimación socialmente aceptables.

Ambos proponen para su novedad una defensa de índole ética. Entendemos con ello que su ficción debe su elocuencia persuasiva y seductora al *ethos* que adoptan, al

²⁴ *Don Quijote*, I, «Prólogo», p. 10.

²⁵ *Guzmán*, I, «Al vulgo» p. 109.

²⁶ *Guzmán*, I, «Del mismo al discreto lector», pp. 110-111.

²⁷ En el famoso opúsculo titulado *Was ist Aufklärung?* ('¿Qué es ilustración?'), de 1784, Kant responde desde las primeras líneas a la pregunta que le sirve de título. Estipula que la *Aufklärung* ('ilustración', 'luces') es «la salida del hombre del estado de menor de edad, en el que se mantiene por su propia culpa» y define la minoría de edad como la incapacidad de hacer uso del propio entendimiento y la necesidad de ser dirigido por otro. Apelar en este contexto a la noción de culpa implica que es un deber para todo ser humano liberarse de la tutela de quienes le dictan lo que debe creer y lo que le conviene hacer, para acceder a la mayoría de edad haciendo uso del propio entendimiento. El resto del opúsculo establece que la ilustración surge cuando se instaure progresivamente un espacio de libertad intelectual, por lo demás protegido y circunscrito por un gobierno despótico que asegura orden y obediencia en el terreno privado, es decir, práctico. Este espacio consiste en la comunicación libre, a cuantos individuos integran el "público", del libre discurso racional de cualquier individuo. Hay que notar que, esta libertad, el individuo la detenta sólo en calidad de autor o lector de escritos publicados y en lo que respecta a estos escritos. El espacio en que puede darse la ilustración es pues exclusivamente el de la relación impersonal y pública del autor de escritos impresos con sus lectores. Dicho de otro modo, cada uno puede razonar, en cuanto autor, y discutir, en cuanto lector, lo que no puede razonar ni discutir en cuanto miembro activo —y como tal obediente— de la sociedad.

carácter del locutor tal como lo revelan las cualidades de su voz y el estilo de su discurso.

Alemán adopta a través de su personaje y narrador Guzmán el *ethos* cínico del individuo que al perder la “vergüenza” ha perdido las razones de engañar y de engañarse y con ello tiene ya al menos medio camino andado hacia la sabiduría. Este cinismo puede ser la contrapartida o el primer grado del *ethos* cristiano según el cual los últimos serán los primeros, los locos sabios y los humildes exaltados. En una obra de crítica humanista tan prototípica como el *Elogio de la locura*, nos asombra la ambigüedad mantenida entre lo risible de una estulticia que se conoce y se aplaude como tal y lo admirable de la humildad cristiana por la que el hombre reconoce amorosamente su miseria e insensatez frente a Dios. Alemán recrea esta ambigüedad bajo una forma violenta al mantener a su personaje en tensión entre el “pícaro desechado” y el “cortesano admitido”²⁸, la hez del mundo y su atalaya.

Cervantes, en la voz de su narrador, adopta el *ethos* que implica su estética fundamentalmente clásica, no muy distante del que exhiben las epístolas y diálogos de Cicerón, y que se podría caracterizar por una sinceridad elegante, una locuacidad discreta, una “alegre templanza” («merry equability», como escribe Anthony Close).

Pero, para tener alguna consistencia, esta “elocuencia” de la ficción, secreto de su atractivo y raíz de su éxito, debe también buscar legitimidad en alguna tesis a defender, en la llamada “enseñanza” o sea en la persuasión de alguna verdad. Muy útilmente Henri Guerreiro, en un artículo sobre el realismo del *Guzmán*²⁹, traía a colación varios pasajes de la poética de Francisco Cascales —elaborada en fechas muy cercanas a las de nuestras dos obras. En uno de estos pasajes, escribe el preceptista murciano:

Aquella se podrá llamar bella composición de poesía donde se echan al trezado muchas cosas superfluas que, aunque son de la historia o de la fábula, por no ser concernientes a la proposición, el poeta no las ha de tratar en su poema.³⁰

El pasaje nos interesa porque importa en la poética aristotélica algo que no le pertenece, a saber la noción de “proposición” como clave de la unidad del poema. Para saber si algo es útil o al contrario superfluo como ingrediente del poema, se nos invita a aplicar como criterio si es o no es “concerniente a la proposición”. El término sólo puede interpretarse como “proposición” a demostrar o, en términos griegos, tesis a favor de la cual el discurso ejerce sus artes suasorias, su fuerza de convicción.

De modo que en opinión del aristotélico Cascales, el poema, lejos de justificarse sólo como imitación, también debe girar en torno a una “proposición”, una lección o moraleja. Dicho de otro modo, la ficción debe enseñar no sólo porque al imitar nos da a conocer y a entender el mundo humano sino también por su ejemplaridad al servicio de una tesis. Este punto de vista combina la autoridad de la poética de Aristóteles con la autoridad mucho más inatacable de una literatura considerada como elocuencia moral y

²⁸ La tensión entre estas dos categorías presentes en el texto es la base de una interesante reflexión de Carroll B. Johnson sobre el narrador guzmaniano, en cuanto éste trata de imponer su autoridad, o su poder sobre el propio discurso (Johnson, 2002).

²⁹ Guerreiro, 1999.

³⁰ Francisco Cascales, *Tablas poéticas*, pp. 50-51.

política. Nuestros dos escritores adoptan este punto de vista retórico cuando tratan de presentar sus libros —aun a riesgo de empobrecer su sentido— como alegatos a favor de una tesis única o al menos principal.

Según Alonso de Barros, un buen amigo de Alemán que probablemente sometió a su aprobación el elogio en prosa del autor y de la obra que figura al frente de la Primera parte de *Guzmán de Alfarache*, Alemán ha retratado en su libro perfectamente al vivo «un hijo del ocio», y en la cabeza de este «hijo del ocio» nos da la demostración de que el ocio es el padre de los vicios y por consiguiente de todos los males. Esta tesis sería demasiado anodina si no la completáramos, como lo hace enseguida el mismo Alonso de Barros, con otra idea menos común: la de que el dedicarse a muchas cosas, buscar la variedad de empleos es casi peor que no hacer nada, es una forma especialmente perniciosa de ocio. Para escapar de verdad a los infinitos males que el ocio engendra, hay que entregarse a un único oficio acomodado con el propio ingenio, so pena de parecerse a Guzmán, o, como escribe bellamente Alonso de Barros, a «la figura inconstante de este discurso». Es eso lo que según él nos demuestra palpablemente la ficción compuesta por Mateo Alemán y en ello reside su máxima utilidad moral y política:

Muéstranos asimismo que no está menos sujeto a ellos el que, sin tener ciencia ni oficio señalado, asegura sus esperanzas en la incultivada doctrina de la escuela de la naturaleza, pues sin experimentar su talento o sin hacer profesión —habiéndola experimentado del arte a que le inclina— usurpa oficios ajenos de su inclinación, no dejando ninguno que no acometa, perdiéndose en todos y aun echándolos a perder, pretendiendo con su inconstancia e inquietud no parecer ocioso³¹.

Dicho de otro modo, el mundo virtuoso, antípoda del horrendo mundo real que el *Guzmán* fielmente nos presenta, es decir, el mundo purgado del ocio, raíz de todo mal, sería idealmente una república de oficiales y profesionales competentes, entregado cada uno a su especialidad, una república laboriosa donde se organizaran con perfecta eficacia la producción y la gestión de los bienes. Esta lectura de la obra por Alonso de Barros, portavoz del autor, sugiere que van bien encaminadas, al menos en la perspectiva de las intenciones del autor, las voces críticas para quienes el *Guzmán* expresa una mentalidad burguesa y lucha por salvar de la corrupción o la marginación a la clase de los mercaderes; tesis enunciada primero por Alberto del Monte³² y otros críticos de obediencia marxista y que ha sustentado con tanto empeño e inteligencia Michel Cavillac³³ a lo largo de su carrera de investigador.

Cervantes también nos presenta desde su prólogo una “proposición” o tesis a la que todo el libro se supone ordenado. El amigo con quien dialoga le aconseja que tenga puesta la mira a derribar «la máquina mal fundada de estos caballerescos libros», y le recuerda que todo él «es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se

³¹ *Guzmán*, I, «Elogio de Alonso de Barros», pp. 116-117.

³² Monte, 1971.

³³ En su tesis publicada en francés y más tarde (en versión revisada) en español (Cavillac, 1983 y 1994) y en una veintena de artículos sustanciales, publicados desde el comienzo de los años ochenta hasta hoy.

acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón»³⁴. Por supuesto, hace siglos que ha quedado descartada la posibilidad de leer el libro de Cervantes como mera ejecución de este propósito. Sencillamente, si fuera cierto que el *Quijote* es un libro de tesis y que su tesis es que hay que desterrar los libros de caballerías, sería inexplicable que, una vez estos libros sepultados, con justicia o sin ella, en el silencio del olvido, se haya seguido leyendo el *Quijote*, no con menor interés que cuando tales libros representaban la máxima fruición a la que osaban aspirar los lectores. Sin embargo, nunca ha sido posible tampoco que el fantasma de esta tesis dejara de orientar de un modo u otro la comprensión del *Quijote*. Ésta puede recuperar validez desde el momento en que lectores y críticos la formulan de otro modo, haciendo del combate contra los libros de caballerías un indicio o paradigma de otros combates: por ejemplo, contra la literatura como pura evasión, contra las facilidades de unos cuentos que infantilizan a sus lectores y alimentan su credulidad, contra las ilusiones heroicas o mesiánicas que mucho tiempo animaron a la “monarquía” de España —expresión esta última que empieza a usarse por esos mismos años—, contra una sociedad española que vive como una «república de hombres encantados», en términos de Cellorigo; contra la idea misma de caballería, como síntoma de la idealización nostálgica de la Cristiandad medieval y de una sociedad claramente dividida en estados y órdenes.

Al precio de estas u otras acomodaciones, la tesis confesada por Cervantes no tiene menor alcance social e ideológico que la tesis blandida por el portavoz de Alemán. Sin embargo, no es tanto esto lo que nos interesa cuanto el señalar que las dos “proposiciones” o tesis en que ambos autores fundamentan sus ficciones tienen de notable su carácter no tanto moral y religioso, como social y político. Se trata de impulsar un modo de organización social distinto del reinante, incluso si en el caso de Cervantes esta vertiente política se presenta como una modesta política literaria, política de la ficción y de los libros, una invectiva contra el efecto narcótico y alienante de un género literario.

En la índole política de sus preocupaciones tanto como en su destreza para responder de modo satisfactorio al apetito de diversión de su público, Alemán y Cervantes son plenamente hombres de su tiempo. Si hay algo que hoy parece un rasgo original de la cultura española de aquellos años es la avidez con que se escribían y se leían discursos en que se debatiera de política, analizando los males y proponiendo reformas. Convencidos del declive que amenazaba a la monarquía y a sus súbditos, empezando por su corazón, el reino de Castilla, los españoles de entonces, desde el rey hasta los mínimos mercaderes y letrados, se habían lanzado en busca de diagnósticos y de remedios contra la enfermedad del cuerpo político. Nuestros dos libros entran en esta perspectiva³⁵ y las tesis en principio bastante inocuas que declaran, delatan su propósito de calar muy hondo en males que tocan a la «euconómica», «política», «ética», precisamente a los asuntos de que según Cascales debe ocuparse la literatura: «las cosas del poema deben

³⁴ *Don Quijote*, «Prólogo», p. 17.

³⁵ La lectura «política» del *Guzmán*, hoy dominante, es casi inevitable para quien lea el libro con la atención que merece. Una vez más, los trabajos de Michel Cavillac (véase especialmente Cavillac, 1998), así como los densos ensayos pioneros de Jean Vilar (1976 y 1979), son en este sentido importantes y esclarecedores.

sacarse de la socrática filosofía, digo de la política, económica y ética»³⁶. Declaración acorde con lo que escribe otro de los allegados a Mateo Alemán, el desconocido alférez que firma el elogio del autor en la Segunda parte, para quien todo el libro es una «fina escuela de política, ética y económica»³⁷.

Desde luego Cervantes no confiesa pretensiones de ese jaez. De modo acorde con su propósito declarado de no dar nada más ni nada menos que la “verdad de la historia”, se abstiene cuidadosamente de aparecer a cara descubierta dispensando consejos en el dominio de la administración de la casa, y menos en materias de Estado y gobierno. Él prefiere atenerse a lo suyo, a la ficción cómica, al terreno lúdico, neutro y libre de la literatura. Hoy sabemos lo mucho que esta «simple y sencilla historia » (p. 17) de Cervantes, como la califica el «amigo» del prólogo, da que pensar sobre numerosos temas políticos³⁸, pero aquí me limitaré a hacer hincapié en las primeras líneas del relato, esas líneas en las que se cuenta que «en un lugar de la Mancha [...] no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor»³⁹. El narrador pasa en seguida a puntualizar cómo el «susodicho hidalgo» gastaba su modesta hacienda: las tres cuartas partes en una monótona dieta («una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos»), a repartir entre el hidalgo que rondaba los cincuenta años, la sobrina de veinte, el ama de cuarenta y el mozo de campo y plaza. La cuarta parte restante se gastaba en prendas dignas, aunque modestas y algo anticuadas: «sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino». El resto de lo que tenía y no tenía se gastaba en libros en que consumía sus ratos de ocio, que eran «los más del año». Por lo demás, «frisaba la edad de nuestro hidalgo en los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza».

El retrato resulta asombroso, por lo mucho que no dice más que por lo que dice: nada de las virtudes y vicios de nuestro hidalgo, nada de su linaje y padres, nada de sus prácticas religiosas, nada de su *curriculum vitae* a lo largo de cincuenta años. Sólo se nos indican sus costumbres en el sentido más prosaicamente concreto, a qué hora se levanta, cómo va vestido, lo que come día tras día. La página tiene enorme gracia, pero las informaciones que da son de una insólita objetividad. El hidalgo pertenece a un tipo que se da por conocido de los lectores, «un hidalgo de los de [...]» —pariente del tipo del hidalgo o escudero pobre ya tratado por la literatura picaresca y satírica, pero no idéntico a éste. El tipo se define por unas cuantas posesiones (lanza, adarga, rocín,

³⁶ Francisco Cascales, *Tablas poéticas*, p. 33. Pero la misma idea expresaba ya López Pinciano: «Materia de la poética es el universal, digo, que principalmente lo son las tres artes dichas, entendidas debajo de la filosofía moral, ética, económica y política; y esto quiso decir Horacio cuando dijo en su Arte: “El oficio de los poetas es apartar a los hombres de la Venus vaga; dar leyes a los maridos; fundar repúblicas”; como quien dice, aunque toda cosa es materia de poética, cuanta está en las hojas de Sócrates, más especialmente lo es la filosofía moral; que, pues Sócrates dejó las demás ciencias por ir en prosecución della, es mejor, y lo mejor debe siempre buscar el poeta» (*Philosophía antigua poética*, I, p. 219).

³⁷ Guzmán, II, p. 28.

³⁸ Es mucho lo que podría citarse al respecto, pero contentémonos con recordar el interesante ejercicio de síntesis que hizo sobre el tema Michel Moner hace unos años (Moner, 1998).

³⁹ *Don Quijote*, I, I, p. 35. Las citas siguientes remiten al mismo lugar, en la misma edición.

galgo) y se individualiza por datos fisiológicos, su edad, las edades de las mujeres que lo rodean, su complexión. Se consigna en qué partidas gasta el capital de que se dispone, la hacienda y el tiempo, ambos íntimamente ligados. Una hacienda que da poco más que lo necesario para comer frugalmente pero que basta para vivir ocioso. Para ocupar su ocio, el hidalgo lee libros y estos libros desequilibran su economía, lo empobrecen: «[...] llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura» para comprar más libros. Antes de ser humoral y cerebral («del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro») y luego imaginario (el proyecto delirante de convertirse en caballero andante que va a poner en marcha el relato), el desorden que convierte al hidalgo en don Quijote es económico: el hidalgo enajena su hacienda, se deshace de su capital productivo, las fanegas de tierra de sembradura.

Estas líneas bastan para dejar sentado que, como Guzmán, nuestro hidalgo es un hijo del ocio, y que, como el de Guzmán, su ocio tiene determinaciones sociales al menos tanto como morales. No vemos qué posibilidades concretas fuera de volverse loco con los libros tiene en su situación el ocioso hidalgo; demasiado viejo para ser soldado o estudiante, demasiado pobre para viajar por curiosidad o ir a la corte o integrarse en la oligarquía local, demasiado viejo y pobre para enamorarse o casarse, de hábitos demasiado puros y frugales para convertirse en un jugador, un pícaro o un borracho, demasiado hidalgo para dedicarse a las faenas del campo, de complexión demasiado «recia», apasionada y enérgica, para que le baste con matar el tiempo en compañía del barbero y del cura, por mucho que éste sea «hombre docto, graduado en Sigüenza». Su retrato, más tarde confirmado por toda su historia, muestra que el hidalgo es todo salvo flojo o haragán por temperamento. Su ocio es pues de índole claramente, diríamos hoy, estructural. Se pasa de la definición a lo definido pero no en el sentido de Guzmán para quien la definición son «los padres y confuso nacimiento» y lo definido su propia vida. En Cervantes la definición es una situación inicial descrita en términos de insólito materialismo y la pintoresca locura del hidalgo es lo definido.

El planteamiento germinal de la historia es pues de índole económica, exactamente igual que en la historia de Guzmán, donde todo arranca de la mala economía de los dos «padres» de que Guzmán es el híbrido bastardo: orígenes impuros y fraudulentos de la fortuna del padre genovés, quien la agota además con un tren de vida fastuoso que supera sus medios, tal vez necesario para mantener el crédito que exigen sus especulaciones financieras; ocio estéril, imprevisión y derroche del padre aristócrata, caballero de Calatrava. Como el del aristócrata, el ocio de Guzmán es estructural. Varios episodios de la historia, desde su entrada al servicio del cocinero⁴⁰, al filo de sus primeras andanzas, hasta su comportamiento final en las galeras⁴¹, muestran que la

⁴⁰ Entre otros pasajes que ilustran la habilidad, buen orden y diligencia naturales del «pícaro», véase éste: «Siempre hacía lo que más podía y mejor sabía, guardando el decoro al oficio. Aún el ave no estaba bien acabada de pelar, cuando tomaba el almirez y molía misturas para salsas o para guisados. Traía el herraje como espadas acicaladas, las sartenes que se pudieran limpiar con la capa, los cazos como espejos; guardábalo en sus cajas, colgábalo en sus clavos, donde solía estar cada cosa, para darlo en la mano cuando fuera menester, sin andarlo a buscar, acordándome dónde lo puse: todo tenía su lugar deputado con mucha curiosidad y concierto» (*Guzmán*, I, II, 5, p. 311).

⁴¹ Véanse los siguientes pasajes: «De todo se me daba un clavo: mi cuidado era sólo atender al servicio de mi amo, por serle agradable [...]. Dábale la mano a la salida del esquiife. Hacíale palillos para sobremesa de grandísima curiosidad, y tanta, que aun enviaba fuera presentados algunos dellos. Traíale la plata y más vasos

pereza es el pecado al que menos lo inclina su supuestamente corrompida naturaleza. Al contrario de lo que esperaríamos, el pícaro es, valga la paradoja, un trabajador nato.

Baste con lo dicho para apuntalar la hipótesis de que la legitimación de unas ficciones capaces de deleitar por medios «por ventura nunca oídos ni vistos» implica tanto para Cervantes como para Alemán bordear el territorio de una disciplina aún inexistente en términos institucionales —y que, como ha recalcado Jean Vilar, carece hasta de nombre— pero a la que muchos españoles aspiran con fervor, no ya la «euconómica», en el sentido antiguo de administración de la casa, sino la economía política. Quizá por ello los intentos de definir moral y psicológicamente a los protagonistas de ambas obras se ven abocados a un conflicto de interpretaciones aparentemente insoluble: ¿hasta qué punto está loco don Quijote? ¿Hay o no hay una evolución en su locura? Este Guzmán que cuenta su historia después de su supuesta conversión⁴² ¿es un elegido por la gracia que al fin se ha reconocido como tal⁴³, un compendio de todos los pecados y pecadores que se salva gracias a la llave mágica del libre albedrío⁴⁴, o un «impenitent»⁴⁵ o «unrepentant narrator»⁴⁶, un sinvergüenza incorregible, hipócrita por añadidura?

La problemática de las determinaciones sociales es el ámbito en que ambas ficciones se mueven y la economía el resorte más inmediatamente visible de sus respectivos planteamientos narrativos. Ambas invitan a deplorar el derroche de energías, la pérdida de hombres e inteligencias provocada por una organización social que aboca a muchos hombres a un ocio forzado que acaba siendo locura o vicio. Aunque ninguna de las dos se queda en la lamentación de la pura pérdida, Guzmán termina siendo «un hombre perfecto», «atalaya de la vida humana», pródigo en arbitrios y «remedios»; y, por su lado, el hidalgo manchego acaba siendo un héroe cómico, y sin embargo un héroe cuya mera aparición llena de «admiración» y de «contento» a cuantos lo ven.

de la bebida tan limpios y aseados, que daba contento mirarlos, el vino y agua, fresca, mullida la lana de los traspontines, el rancho tan aseado de manera que no había ni se hallara una pulga ni algún otro su animalejo su semejante. Porque lo que me sobraba del día, me ocupaba en sólo andar a caza dellos, tapando los agujeros de donde aun tenía sospecha que se pudieran criar, no sólo porque careciera dellos, sino aun de su mal olor» (*Guzmán II*, III, 9, p. 511); «Estaban a mi cargo los ferros, las gúmenas, el dar fondo y zarpar en siendo necesario. Cuando íbamos a la vela, tenía cuidado con la orza de avante y con la orza novela. Hilaba los guardines todos, las sárgulas que se gastaban en galera. Tenía cuenta con las bozas, torcer juncos, mandarlos traer a los proeles y enjugarlos para enjuncar la vela del trinquete. Entullaba los cabos quebrados, hacía cabos de rata y nuevos a las gúmenas. Había de ayudar a los artilleros a bornear las piezas. Tenía cuenta con taparles los fogones, que no se llegase a ellos, y de guardar las cuñas, cucharas, lanadas y atacadores de la artillería. Cuando faltaba oficial de cómitre o sotacómitre, me quedaba el cargo de mandar acorullar la galera y adrizalla, haciendo a los proeles que trujesen esteras y juncos para hacer fregajos y fretarla, teniéndola siempre limpia de toda inmundicia: hacer estoperoles de las filastras viejas, para los que iban a dar de la banda [...]. Quien todo lo dicho tenía de cargo y no había sido en ello acostumbrado, imposible parecía no errar. Mas con el grande cuidado que siempre tuve, procuré acertar y con el uso ya no se me hacía tan dificultoso» (*Guzmán II*, III, 9, pp. 518-519).

⁴² Para el debate de interpretaciones en torno a la conversión de Guzmán, véase Cavillac, 1993.

⁴³ Según la lectura agustiniana de la teología del *Guzmán*, de la que es partidario Michel Cavillac (1983 y 1994).

⁴⁴ Trato de resumir en estos términos la tesis de Monique Michaud (1987).

⁴⁵ Acerca del empleo de este adjetivo para caracterizar la conversión de Guzmán, véase Whitenack, 1985.

⁴⁶ Para esta expresión, véase Arias, 1977.

LA INSUPERABLE ELOCUENCIA DE LA FICCIÓN

Las ventajas de la ficción sobre la elocuencia discursiva resaltan con evidencia en las dos obras. La tesis de nuestros libros —la “proposición” de la que hablaba Cascales— no es la conclusión que demuestran sino más bien la hipótesis de la que parten. La ficción funciona como una experiencia mental que, ensayando la hipótesis en un mundo reconstruido por la tradición literaria ayudada por la imaginación poética, lleva a resultados imprevisibles, más ricos que la hipótesis misma. De modo que el significado de estas ficciones es más complejo que el que alcanzan las especulaciones de ese “primitivo” pensamiento económico que localizó Pierre Vilar en los hacedores de arbitrios y memoriales contemporáneos de nuestros escritores⁴⁷, esos documentos de un pensamiento triste⁴⁸ y firme, horizonte contra el que recortan su perfil monumental.

Que el *Quijote* se construye como una experiencia mental parece fácil de mostrar. El desarrollo de la ficción se plantea en estos términos: ¿qué pasaría si un hidalgo loco se saliese de su aldea y recorriera el mundo confundiendo con el mundo de la ficción caballerescas? ¿Qué actitud adoptarían frente a él su familia y amigos, y los personajes con los que verosímilmente se encontraría: un ventero ladrón, unos mercaderes toledanos, un ganadero rico y brutal, un labrador pobre vecino suyo? ¿Cómo sería el cruce y el choque entre el hidalgo y estos personajes? Los resultados de la experiencia serían interesantes en la medida en que fueran a la vez creíbles y maravillosos, es decir, sólo previsibles por un gran ingenio. El protocolo de la experiencia se renueva y sus resultados se complican en la segunda salida con la introducción de Sancho y en la tercera salida cuando la pareja se encuentra con individuos que ya conocen su fama o han leído su historia. La locura caballerescas funciona como un reactivo que permite analizar el estado de la república, una república a cuyo servicio y para cuyo provecho se lanza el hidalgo a los caminos. Pongamos por caso a los duques aragoneses: su encuentro con la piedra de toque que constituyen don Quijote y Sancho va a revelar (especialmente en el episodio de doña Rodríguez y su hija y el lacayo Tosilos)⁴⁹ hasta qué grado de caducidad y degradación ha llegado entre ellos «una fábula caballerescas»⁵⁰ que sigue siendo el núcleo de su cultura y la raíz de su prestigio. La ficción lo demuestra de una manera imparable, mucho más que cualquier discurso satírico sobre la decadencia de la nobleza e independientemente que Cervantes sintiera personalmente simpatía o antipatía hacia los Grandes. De modo que, en este episodio, es cierto que la ficción tiende a confirmar la tesis explícita (derribar «la máquina mal fundada» de los libros de caballerías), mostrando que los Grandes, que deben buena parte de su capital simbólico a la herencia del mundo caballeresco, son los que con mayor malicia se complacen en su ridiculización. Pero también va más lejos que dicha tesis explícita cuando muestra que estos potentados oprimen sin piedad y con perfidia a cuantos tienen la candidez de tomar en serio, como doña Rodríguez o Tosilos, la misión caballerescas de

⁴⁷ Pierre Vilar, 1962.

⁴⁸ Adjetivo muy expresivamente utilizado por Jean Vilar en algunos trabajos suyos, en relación con lo que aparece como conciencia angustiada de un declive. Véase Jean Vilar, 1998.

⁴⁹ *Don Quijote*, II, XLVIII, LII, LVI y LXVI.

⁵⁰ Tomamos este concepto de un apasionante artículo reciente de Pedro Cátedra (2005) que a su vez dice tomarlo de trabajos de Jesús Rodríguez Velasco. La «fábula caballerescas» sería «la caballería medieval como puro referente literario o jurídico, texto al cabo, sin plasmación real alguna».

«deshacer entuertos». El problema explícito, el de la oportunidad de superar unas ficciones anticuadas, repetitivas y repletas de inverosimilitudes, es pues desbordado por la imagen de la nobleza que se desprende del episodio. La imagen es a la vez gentilmente comprensiva —puesto que los Duques, respetados y respetables en cuanto figura del poder, son por lo demás excelentes lectores— e implacablemente crítica: los Duques debían de ser “tontos” a fin de cuenta puesto que se tomaban tanto trabajo en burlarse de «dos tontos». Tontos o no, se distinguen por el coste desmedido y la crueldad refinada de sus diversiones y por el cuidado que ponen en proteger secretamente sus intereses financieros.

Que Mateo Alemán opere también poniendo a prueba su hipótesis mediante una experiencia mental es desde luego menos evidente. Las continuas digresiones moralizantes del narrador llevan al lector a pensar que Alemán parte de convicciones preexistentes, sean las que sean: que todos somos pecadores pero que algunos se salvan, ya sea por obra de la predestinación, para quienes prefieren una lectura agustiniana o calvinista, ya sea por la del libre albedrío, para los que ven en Alemán un católico a machamartillo; que el mundo, por inmundo que sea y por mal que ande, puede arreglarse con sanas medidas de gobierno. Se suele suponer, pese a tales divergencias interpretativas, que Alemán elabora su material narrativo, como se elaboran los ejemplos de un sermón, a partir de una doctrina que él da por buena y de la que quiere persuadir al lector.

Voy a tratar de mostrar, para concluir estas reflexiones, que las cosas no son tan sencillas. Para ello, me limitaré a un único núcleo temático del texto, pero uno de los más importantes, el que se relaciona con los pobres y el ejercicio de la caridad o su versión secularizada, la asistencia. Entre las numerosas divagaciones del pícaro sobre generalidades, que mezclan en dosis variables el estilo de la predicación, el de la confesión, el del memorial político-económico y el de la sátira de estados, aparecen con frecuencia los que tocan el tema de la pobreza y de sus paliativos, la caridad y la limosna. Al hilo de estas divagaciones, nos topamos con la exhortación a dar limosna a los que la piden, sin hacer discriminación entre ellos, con la mira puesta únicamente en la obediencia a los preceptos de Cristo. Según Guzmán, quienes alegan que no quieren dar al «pobre fingido» o, en expresión del *Lazarillo*, «bellaco y gallofero», al que pide sin necesidad, pudiendo trabajar, lo único que hacen es buscar pretextos para eludir el deber de la limosna.

En este sentido, parece haber contradicción entre las admoniciones del narrador y las opiniones sostenidas por el mismo Alemán. Los reformadores de la asistencia a los pobres, desde Luis Vives en el primer tercio del siglo XVI hasta Cristóbal Pérez de Herrera⁵¹, contemporáneo y amigo de Alemán, propagan la idea de que muchos pordioseros, tal vez la mayoría —y desde luego todos los que gozan de salud y de fuerzas—, son «pobres fingidos» que piden con el único fin de entregarse a la holgazanería o de encubrir sus delitos⁵². Partiendo del postulado de que todo individuo

⁵¹ En su *Amparo de pobres*, de 1598.

⁵² «Desata las tuyas [manos] en favorecer los mendigos, que es tu interés y te va más a ti en darlo que a ellos en recibirlo. No hizo Dios tanto al rico para el pobre como el pobre para el rico. No te atengas con decir quien lo merece mejor. No hay más que un Dios, por Ése te lo piden, a Él se lo das, todo es uno, y tú no puedes entender la necesidad ajena cómo aprieta ni es posible conocerla por lo exterior que juzgas,

apto físicamente para el trabajo es culpable de no trabajar — ignorando las condiciones objetivas del mercado que dejan a veces sin ocupación a muchos adultos válidos—, propugnan por lo tanto una enérgica política de control de todos los pobres y de represión contra estos «pobres fingidos», definidos con tan expeditivo método. En el entorno inmediato de Mateo Alemán, el famoso protomédico Pérez de Herrera urde un programa socio-económico tan minucioso y completo como para merecer la calificación de utopía, programa cuya piedra angular es el “examen de los pobres” y el trabajo para los no completamente baldados, forzado en caso de resistencia. Sabemos que en una de sus dos cartas a Pérez de Herrera⁵³, Alemán expresa un apoyo fervoroso a estas ideas y declara incluso que ha escrito su «Pícaro» con el fin principal de apoyar la empresa de salud pública de su amigo. Para explicar la contradicción entre esta postura y las invectivas de Guzmán contra el lector «de malas entrañas», tentado de «espulgar» la limosna, escudriñando si el que la pide «tiene, si no tiene, si hizo, si dijo, si puede, si no puede», examinemos de más cerca la obra.

La actitud del narrador hacia los mendigos es desde luego inequívocamente crítica: los capítulos en que asoman estos personajes insisten en las trazas e imposturas mediante las cuales convierten su ocio en negocio jugoso, hasta el punto de llegar a poseer, según aseguran anécdotas legendarias, gruesos talegos de oro y plata. Sin embargo, la censura del pecado mortal que cometen los que así abusan de la caridad, sin perder su gravedad de fondo, tiene un sabor humorístico y los retratos de graciosos e ingeniosos mendigos no están libres de cierta maravillada simpatía, ausente de otros pasajes satíricos del libro. En algunos momentos, el discurso de Guzmán se aproxima al de un Domingo de Soto⁵⁴, que condenaba toda medida represiva dirigida contra los pobres, verdaderos o fingidos, aunque fuese con el santo pretexto de imponerles la observación de los mandamientos de la Iglesia, la asistencia a misa o la confesión. Incluso aparece en el *Guzmán* un argumento en favor de la caridad tradicional, es decir ejercida sin discriminación, que no hemos encontrado en los textos polémicos acerca del tema. Pedir limosna es algo que anula a un hombre, que supone la pérdida de la vergüenza, una carga pesada hasta lo insostenible, pero sin la cual no se es nada. El pordiosero paga por consiguiente la limosna con un precio de sangre y es criminal regateársela. Hay que dejar de lado todo “examen de pobres” y dar sin reticencia a todo hombre que se exhibe como pobre, sea bueno o malo, digno o indigno, verdadero o fingido, porque el que pide la limosna, ya con ello la ha pagado⁵⁵. Para que este acto de

pareciéndote uno estar sano y no ser justo darle limosna. No busques escapatórias para descabullirte: déjalo a su dueño [...]. No te pongas, ¡oh tú! de malas entrañas, en acecho, que ya te veo. Digo que la caridad y limosna su orden tiene. No digo que no la ordenes, sino que la hagas, que la des y no la espulgues, si tiene, si no tiene, si dijo, si hizo, si puede, si no puede. Si te la pide, ya se la debes. Caro le cuesta, como he dicho; y tu oficio sólo es dar» (*Guzmán*, I, III, 6, pp. 421-422).

⁵³ Descubiertas y publicadas por Edmond Cros (1967, pp. 436-444).

⁵⁴ Domingo de Soto, *In causa pauperum deliberatio* (1545). Véase la traducción española de este discurso en Santolaría Sierra, 2003.

⁵⁵ «[Teníamos los mendigos] dos libertades aventajadas más que todos ellos ni que algún otro romano, por aventajado que fuese. Porque la miseria no tiene otra mayor que hallarse un hombre tal obligado alguna vez a ello, para socorrer lo que le hace menester, aunque sea a su propio hermano, porque compra muy caro el que recibe y más caro lo vende quien lo da a quien lo agradece. Y si en esto he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siéndole forzoso, porque, aunque se lo dan, le cuesta mucho decirlo.

caridad sea tenido por tal por la justicia divina, basta que se haya visto en el mendigo una figura de la humanidad doliente de Cristo y que no se haya buscado otra recompensa que la misma obediencia a su mandato.

Claro que estas afirmaciones, como observó Michel Cavillac, no contradicen las propuestas de reforma dirigidas al rey para que tome cartas en el asunto de los pobres y ponga en marcha una política de asistencia racional, es decir, diferenciada y represiva. La novela muestra, de acuerdo con las perspectivas de los reformadores pero de modo mucho más incisivo de lo que cabe en su discurso, que no puede exigirse al individuo caritativo, ni tampoco quizás a los eclesiásticos que deben serlo por excelencia, una racionalización de la caridad. Ésta, en efecto, sobrepasaría sus competencias y valdría una usurpación del poder judicial que pertenece a príncipes y magistrados. La caridad postula la fraternidad de los hombres, todos hijos de Dios y objetos igualmente indignos de su amor más allá de diferencias sociales o hasta morales. Los actos de caridad exceden la razón, las reglas del mundo, las cautelas de la prudencia y las tímidas medidas de la justicia. La caridad, cuyo esplendor es trascendente, tiene a gloria su propio delirio: allí donde ve una imagen sagrada, una figura del desamparo y de los sufrimientos de Cristo, el narrador nos hace ver a un Guzmán bien comido, envuelto en una capa remendada pero impermeable al frío y al agua, que prolonga su sueño en pleno día, gozando así de una posición voluptuosamente sordida⁵⁶. De modo que el acto de caridad cumplido en un arrebato de compasión o inspirado por el soplo de la gracia mantiene a haraganes que han comprado la comodidad picaresca a cambio de la pérdida de la vergüenza. No creemos que, como sostenía Edmond Cros, la cuestión esté en templar la misericordia con la justicia y viceversa. La verdad es que la justicia es cosa de este mundo, mientras que la caridad es cosa del cielo, es virtud teologal, por consiguiente sobrenatural, ajena a las prosaicas operaciones del hacer cuentas y del pedir cuentas. Para decirlo de otro modo, los cálculos de Dios exceden nuestros cálculos, y justicia y misericordia no se sitúan en el mismo plano.

Y no por ello el ejercicio ritual y anárquico de la caridad, en formas legadas por siglos de tradición cristiana, deja de ser, como la narración revela también, un estado estable en términos mundanos, satisfactorio para los hombres y los grupos directamente implicados. Para el hombre piadoso, es la ocasión cotidiana de conmemorar la pasión de Cristo en la exhibición teatral del dolor y de la miseria; para el hipócrita o el cristiano tibio, un modo sencillo y seguro de alcanzar perdón de sus faltas; para el que huye las penas del trabajo, una garantía de supervivencia e incluso, según una estampa más folklórica que real, el secreto de una vida abundante y envidiable por su paz y su contentamiento: la vida poltrona y libre de cuidados del pobre cuyos harapos rebosan de

Mas te diré cuál sea la causa que el pedir escuece y duele tanto. Como el hombre sea perfecto animal racional, criado para la eternidad, semejante a Dios, como él dice, que, cuando lo quiso hacer, asistiendo a ello la Santísima Trinidad, dijo: “Hagámosle a nuestra imagen y semejanza”. [...] Es muy propio de Dios el dar y muy impropio el pedir [...]. De donde, queriendo hacer lo que hizo el que a como a sí nos hizo, gustamos tanto el dar y sentimos el pedir, y aquellos con quien la divina mano fue tan franca, que habiéndolos hecho —y de ánimo noble, que es otro don particular—, se hallan oprimidos, faltos de bienes, querrían padecer antes cualquier miseria, que pedir a otro que la socorra» (*Guzmán*, I, III, 4, p. 406).

⁵⁶ *Guzmán*, I, III, 4, p. 403.

oro, o su variante filosófica, la existencia del que es rico porque, no poseyendo nada, ni desea ni codicia, ni siembra ni recoge, como las aves del campo.

Sin embargo, el conjunto de estas ventajas y satisfacciones parciales no compone un orden sino un desorden, no forma un sistema sino un caos. El coste de los mendigos es tolerable para cada hombre, para cada institución; globalmente, cuestan caro, no sólo por lo que consumen sino por lo que no producen, y por la desmoralización que causan en los trabajadores. Considerados uno a uno, los hombres que dan limosna cumplen los preceptos de Cristo, y los beneficiarios de la limosna, vengan de donde vengan y hagan lo que hagan, son desgraciados que merecen indulgencia. Y, sin embargo, el universo moral que componen forma una estampa calamitosa. La caridad empuja a los mendigos al histrionismo y a la impostura; los que les dan limosna les dispensan su fraternidad compasiva después de haberles cargado de un fardo de desprecio. Se ama al prójimo, en el mendigo, cuando carece de todo lo que lo hacía humano, cuando se ha despojado, por la pérdida de la vergüenza, de todo lo que podía provocar envidia, emulación, agresividad.

En suma, el interés de la novela como forma, si se la confronta con el discurso autoritario y monolítico de los reformadores, consiste en permitir la yuxtaposición de perspectivas diferentes, perspectivas fragmentarias y subjetivas, o al contrario, globales y objetivas, concretas y abstractas, racionales y pasionales. La alternancia incesante del discurso y del relato, los distintos grados de proximidad entre las digresiones y las circunstancias del héroe, confieren, en el caso del *Guzmán*, una intensidad y una riqueza peculiares a esos cambios de perspectiva.

Gracias a ellos, se manifiestan aspectos del problema que escapan al discurso demasiado unívoco de los teólogos, de los juristas, de los políticos. Se entiende mejor la necesidad de apelar al Estado como lo hacen los reformadores de la asistencia. Se entiende mejor que Vives destine su discurso a los magistrados de la ciudad de Brujas; Domingo de Soto, a los consejeros del príncipe Felipe, y que Pérez de Herrera se refiera sin cesar a lo que debe hacer «Vuestra Majestad». Para ver lo que marcha mal en el sistema tradicional de la caridad, hay que adoptar un punto de vista ajeno a la teología, pero global y panorámico. Lo que funciona bien en casos particulares, lo que resulta cómodo para las buenas almas, para las menos buenas y para las que no son buenas en absoluto, parece inaceptable a escala de la «vida humana», es decir de la economía colectiva⁵⁷, cuando se toman las cosas en conjunto, y no en función de la satisfacción inmediata, los intereses pasionales de tal o cual sujeto, ni tampoco de sus relaciones con el juez divino. En el marco de un discurso político que suma ventajas e inconvenientes, que practica una contabilidad global, las prácticas tradicionales con respecto a los pobres aparecen como un desorden que reclama intervención, un abuso que requiere reparación: «El corregidor y el regidor, el prelado y su vicario abran los ojos y sepan cuál no es pobre, para que sea castigado. Ése es oficio, ésa es dignidad, cruz y trabajo»⁵⁸.

⁵⁷ Es lo que significa «vida humana», en la expresión «atalaya de la vida humana», que aparece en la Segunda Parte del *Guzmán*, como indica Michel Cavillac (1983).

⁵⁸ *Guzmán*, I, III, 6, p. 422.

En definitiva la vacilación entre los puntos de vista particulares y la suma de todos ellos induce una politización en el modo de concebir la vida social. Los puntos de vista parciales del mendigo y del ladrón, del estafador y del hipócrita, del santo y del pecador, se yuxtaponen —sin ser nunca abandonados o sacrificados— a una perspectiva panorámica que manifiesta las falacias de cada perspectiva particular. Pero no es una voz con autoridad, la de un sabio o un predicador, la que asume esa perspectiva sintética, sino todo lo contrario: el que ocupa la torre de vigía o «atalaya» es un miserable, un alzado en la «cumbre del monte de las miserias», tal vez interiormente elegido y justificado pero exteriormente infame. El pícaro consigue insinuar ese lugar desde el que podrían dominarse sin anularse todos los puntos de vista, gracias a las vicisitudes que le hacen recorrer tan distintos oficios y grados, gracias a esa «figura inconstante» de su discurso. La posición del narrador-galeote, aunque ínfima, se parece en este sentido a la posición del gobernante, del estadista. Por ello, la novela, tal como la funda y la practica Alemán, se relaciona con el discurso político que empieza a hacerse oír en los siglos XVI y XVII y que asigna por finalidad a los gobernantes una reorganización racional de la vida social en su conjunto y en sus intrincados detalles.

Pero, como acabamos de ver, contrariamente al discurso de los reformadores, el proceso de la ficción alemaniana incluye, junto con la alusión positiva a las propuestas de reforma, su opuesto, el discurso tradicional de la caridad cristiana, y, tal vez precisamente porque lo incluye, indica la vía de su superación⁵⁹. Posiblemente ocurra lo mismo con los demás problemas que aborda y de ahí que, contrariamente al discurso históricamente situado y comprometido, su lectura nos proyecte en un mundo “imaginario” autónomo. Imaginario y autónomo, por cuanto, del mismo modo que el mundo real, contiene todo lo necesario para que nos movamos por él, o sea contiene la encarnación convincente de las fuerzas de cuyo conflicto depende la dinámica de la narración. Por ello, en cuanto obra poética válida y de duradera vitalidad, sostiene en último término la comparación con el *Quijote*, un libro cuya evidente polifonía y palpable ambigüedad irónica lo hacen, en el sentir de todos o de casi todos, prácticamente inagotable.

Referencias bibliográficas

- ALEMÁN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. J. M. Micó, Madrid, Cátedra, 1987, 2 vols.
 ALONSO CORTÉS, Narciso, *Noticias de una corte literaria*, Madrid, Victoriano Suárez, 1906.
 ANTÓN MARTÍNEZ, Beatriz, *El tacitismo en el siglo XVII en España: el proceso de «receptio»*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1992.
 ARIAS, Joan, *Guzmán de Alfarache: The Unrepentant Narrator*, prólogo de Joseph H. Silvermann, London, Tamesis Books, 1977.
 BARRIO OLANO, José Ignacio, «Maquiavelismo, tacitismo y literatura picaresca», en *La novela picaresca y el método maquiavélico*, Madrid, Pliegos, 1998, pp. 15-29.
 CANAVAGGIO, Jean, «Alonso López Pinciano y la estética literaria de Cervantes en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, 7, 1958, pp. 13-107.

⁵⁹ Estas reflexiones no son ajenas a Michel Cavillac, quien ha hecho resaltar, en un artículo reciente, la complejidad de la postura alemaniana si la comparamos a la de los partidarios y adversarios de la tradición y de la reforma (Cavillac, 2003).

- CASCALES, Francisco, *Tablas poéticas* [Murcia, 1617], ed. Benito Brancaforte, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- CÁTEDRA, Pedro, «De la caballería real de Alonso Quijano al sueño de la caballería de don Quijote», *Boletín de la Real Academia Española*, 85, enero-diciembre de 2005, pp. 157-200.
- CAVILLAC, Michel, *Gueux et marchands dans le «Guzmán de Alfarache» (1599-1604). Roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'or*, Bordeaux, Institut d'Études Ibériques et Ibéroaméricaines, 1983 (trad. esp.: *Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache». Reformismo burgués y mentalidad aristocrática en la España del Siglo de Oro*, Granada, Universidad de Granada, 1994).
- , «La question du “père” dans le roman picaresque», en *Les parentés fictives en Espagne (XVI^e-XVII^e siècles)*, ed. A. Redondo, Paris, Sorbonne, 1988, pp. 195-205.
- , «Les trois conversions de Guzmán de Alfarache», *Bulletin Hispanique*, 95, 1993, pp. 149-201.
- , «La mise en fiction du politique dans le *Guzmán de Alfarache*», en *Littérature et politique aux siècles d'or*, Colloque international Paris-Sorbonne, Colegio de España, 8-10 décembre 1994, ed. Jean-Pierre Étienne, Paris, Klincksieck, 1998, pp. 141-165.
- , «Alemán y Guzmán ante la reformación de los vagabundos ociosos», en *Atalayas del «Guzmán de Alfarache»*, ed. Pedro Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla/Diputación de Sevilla, 2002, pp. 141-165.
- , «Pícaros y pobreza en tiempos del *Guzmán de Alfarache*: Cristóbal Pérez de Herrera y Mateo Alemán (1594-1604)», *Torre de los Lujanes. Revista de la Real Sociedad Económica Matritense*, 51, octubre 2003, pp. 15-30.
- , «El *Guzmán de Alfarache*: ¿una novela picaresca?», en *Penser la littérature espagnole*, *Bulletin Hispanique*, 1, junio 2004, pp. 161-184.
- CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 2000, 2 vols.
- CLOSE, Anthony, *Cervantes and the Comic Mind of his Age*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- CROS, Edmond, *Protée et le Gueux. Recherches sur les origines et la nature du récit picaresque dans «Guzmán de Alfarache»*, Paris, Didier, 1967.
- DELAGE, Agnès, *Inventer l'histoire. L'écriture de la biographie laïque dans l'Espagne de Philippe IV*, thèse soutenue le 5 novembre 2005 à l'Université Paul Valéry-Montpellier III.
- GUERREIRO, Henri, «Guzmán de Alfarache: una “poética historia” al servicio de un realismo sin lindes», en *La invención de la novela*, ed. Jean Canavaggio, Madrid, Casa de Velázquez, 1999, pp. 189-212.
- JOHNSON, Carroll B., «Ficciones y metaficciones», en *Atalayas del «Guzmán de Alfarache»*, ed. Pedro Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla/Diputación de Sevilla, 2002, pp. 99-110.
- JOLY, Monique, «Aspectos del refrán en Mateo Alemán y Cervantes», *NRFH*, 20, 1971, pp. 95-106.
- , *La bourle et son interprétation. Espagne XVI^e-XVII^e siècles*, Lille/Toulouse, Atelier National de Reproduction de Thèses/France-Ibérie Recherche, 1986.
- , «Cervantes y la picaresca de Mateo Alemán, hacia una revisión del problema», en *La invención de la novela*, ed. J. Canavaggio. Madrid, Casa de Velázquez, 1999, pp. 269-276.
- LÓPEZ PINCIANO, Alonso, *Philosophía antigua poética* [1596], ed. A. Carballo Picazo, Madrid, CSIC, 1953, 3 vols.
- MARÍN, Nicolas, «Belardo furioso. Una carta de Lope mal leída» [1973], en *ID.*, *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. Agustín de la Granja, Granada, Universidad de Granada, 1994, pp. 317-359.

- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco, «La identidad de Perlicaro», en *Homenaje a José Manuel Blecua*, Madrid, Gredos, 1983, pp. 423-432.
- , «Sobre el lanzamiento y recepción del *Guzmán de Alfarache*», en *Hommage à Maxime Chevalier, Bulletin Hispanique*, 92, 1, 1990, pp. 549-577.
- , «La interacción Alemán-Cervantes», en *ID.*, *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, cap. VII, pp. 240-297.
- MICHAUD, Monique, *Mateo Alemán, moraliste chrétien. De l'apologue picaresque à l'apologétique tridentine*, Paris, Aux amateurs de livres, 1987.
- MICÓ, José María, «Prosas y prisas en 1604: El *Quijote*, el *Guzmán* y la *Pícara Justina*», en *Hommage à Robert Jammes*, ed. Francis Cerdan, 3 vols., Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994, III, pp. 827-848.
- MONER, Michel, «Le politique dans le *Don Quichotte* de Cervantes», en *Littérature et politique en Espagne aux siècles d'or*, ed. Jean-Pierre Étienvre, Paris, Klincksieck, 1998, pp. 233-245.
- MONTE, Alberto del, *Itinerario de la novela picaresca española*, Barcelona, Lumen, 1971.
- PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal, *Amparo de pobres* [1598], ed. Michel Cavillac, Madrid, Espasa, 1975.
- REDONDO, Augustin, «El personaje de Don Quijote: tradiciones folklórico-literarias, contexto histórico y elaboración cervantina», *NRFH*, 29, 1980, pp. 35-89 (artículo recogido en *ID.*, *Otra manera de leer el Quijote*, Madrid, Castalia, 1997, pp. 205-230).
- REYRE, Dominique, *Dictionnaire des noms des personnages du «Don Quijote» de Cervantes*, Paris, Éditions Hispaniques, 1980.
- RICO, Francisco, «*Don Quijote*, Madrid, 1604, en prensa», *Bulletin Hispanique*, 101, 1999, pp. 415-434.
- RILEY, Edward C., *Cervantes's Theory of the Novel*, Oxford, Oxford University Press, [1962] 1992.
- RUTHERFORD, John, *Breve historia del pícaro preliterario*, Universidad de Vigo, Servicio de Publicaciones, 2001.
- SANMARTÍ BONCOMPTE, Francisco, *Tácito en España*, Barcelona, Ariel, 1951.
- SANTOLARÍA SIERRA, Félix, *El gran debate sobre los pobres en el siglo XVI: Domingo de Soto y Juan de Robles, 1545*, Madrid, Ariel, 2003.
- VILAR, Jean, «Discours pragmatique et discours picaresque», en *Picaresque espagnole*, Montpellier, Centre d'Études Sociocritiques, 1976, pp. 37-55.
- , «Le Picarisme espagnol: de l'interférence des marginalités à leur sublimation esthétique», en *Les marginaux et les exclus dans l'histoire, Cahiers Jussieu* [5], Paris, U.G.E. 10/18, 1979, pp. 29-77.
- , «L'Histoire Triste, ou du style comme angoisse», en *Littérature et politique en Espagne aux siècles d'or*, ed. Jean-Pierre Étienvre, Paris, Klincksieck, 1998, pp. 137-150.
- VILAR, Pierre, «Les primitifs espagnols de la pensée économique. Quantitativisme et bullionisme», en *Mélanges offerts à Marcel Bataillon par les hispanistes français, Bulletin Hispanique*, 64 bis, 1962, pp. 261-284.
- WHITENACK, Judith A., *The Impenitent Confession of Guzmán de Alfarache*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1985.

*

BLANCO, Mercedes. «El *Quijote* y el *Guzmán*: dos políticas para la ficción». En *Criticón* (Toulouse), 101, 2007, pp. 127-149.

Resumen. Después de un breve panorama de las cuestiones críticas que abre la comparación entre el *Quijote* y el *Guzmán de Alfarache*, examinamos conjuntamente los proyectos literarios de Cervantes y Alemán mediante el análisis de los preliminares. En ellos, ambos escritores expresan su conciencia de estar emprendiendo algo nuevo e importante sin el respaldo de una posición de autoridad. Por ello hacen hincapié en la libertad de juicio del lector y tratan con ello de conciliarse al mayor número posible de lectores. Conscientes de incurrir en un riesgo, tanto Alemán como Cervantes se preocupan por legitimar sus ficciones declarando que han puesto la mira en la defensa de una tesis de pública utilidad: la condena del ocio o del vagabundeo entre varios oficios en Alemán, el descrédito de los libros de caballerías en Cervantes. Estas tesis tienen en común su alcance más político que moral. Se suele admitir que el sentido del *Quijote* es más complejo y profundo que la tesis a favor de la cual se declara. En Alemán, la abundancia de discursos morales y políticos insertos en la narración ha favorecido su lectura como una pura obra de tesis. Sin embargo, una lectura atenta demuestra que el *Guzmán* no es obra menos compleja y polifónica que el *Quijote*, lo que ilustramos con el ejemplo del debate acerca de la pobreza.

Résumé. Après un rapide état de la question sur les recherches critiques qui rapprochent le *Quichotte* du *Guzmán*, nous examinons conjointement les projets littéraires des deux écrivains tels qu'ils apparaissent dans les préliminaires. Ceux-ci expriment la conscience d'entreprendre quelque chose de nouveau et d'important sans l'appui d'une position d'autorité. C'est pourquoi les deux auteurs insistent sur la liberté de jugement qu'ils reconnaissent au lecteur, tout en manœuvrant pour s'assurer l'adhésion du plus grand nombre. Conscients d'encourir un risque, Alemán comme Cervantes se soucient de légitimer leurs fictions en déclarant qu'ils défendent une thèse orientée vers le bien commun: la condamnation de l'oisiveté ou de l'instabilité d'occupations chez Alemán, le discrédit des livres de chevalerie chez Cervantes. Ces thèses ont en commun leur portée plus politique que morale. On admet généralement que le sens du *Quichotte* est plus profond et plus complexe que la thèse qu'il déclare défendre. En revanche, les abondantes digressions doctrinales du *Guzmán* ont encouragé les critiques à le lire comme une œuvre monologique et rhétorique, écrite au service d'une cause. Une lecture plus fine atteste pourtant que le *Guzmán* n'est pas une œuvre moins complexe ni moins polyphonique que le *Quichotte*, ce que nous cherchons à établir en prenant pour exemple le débat contemporain sur les pauvres et la charité.

Summary. After a short survey of the critical investigations that compare *Don Quixote* and *Guzmán de Alfarache*, we consider the literary projects of both writers as they appear in the preliminary pieces of their books. Cervantes and Alemán show in their prologues that they are aware of the importance and novelty of their endeavours. Hence both writers stress their freedom of judgment, whereas they use different rhetorical devices to secure its support. To prevent misunderstanding, Alemán and Cervantes try to legitimize their fictions by defending a serious thesis, allegedly useful for the commonwealth: Alemán condemns the idleness and instability that results from failing to specialize while Cervantes reprobrates the chivalric romances. We suggest that both thesis have a political scope more than a moral one. Most scholars take for granted that the meaning of *Don Quixote* is deeper and more complex than the thesis it claims to defend. On the other side, because of the plentiful doctrinal digressions of *Guzmán de Alfarache*, critics usually see it as a monological and rhetorical work, written to give support to a cause. Upon closer reading, it is possible to prove that Alemán's work is not less complex and polyphonic than Cervantes', as we show focusing on its treatment of the poverty debate.

Palabras clave. ALEMÁN, Mateo. CERVANTES, Miguel de. Debate sobre la pobreza. *Guzmán de Alfarache*. Obra de tesis. Paratexto. Polifonía. Proposición retórica. *Quijote*.

TIRSO DE MOLINA

*CÓMO HAN DE SER LOS AMIGOS Y
EL AMOR Y EL AMISTAD*
(DOS COMEDIAS PALATINAS)

EDICIÓN CRÍTICA, ESTUDIO Y NOTAS DE
MARÍA TERESA OTAL

Instituto de Estudios Tirsianos. 2007